

La Diócesis de Santa María del Darién, Primera de Tierra Firme. 1513-1524 *

Carlos E. Mesa, C.M.F.

Colón en la Futura Colombia

El 9 de mayo de 1502 el almirante del mar océano, don Cristóbal Colón, zarpó de Cádiz, con cuatro embarcaciones y menos de 150 hombres, para su cuarto y último viaje al nuevo mundo por él descubierto. Iban con él su hermano Bartolomé, su hijo Fernando, muchacho de trece años, y un capellán remunerado, por nombre Fray Alejandro, de la Orden Franciscana. Colón, antes de emprender este viaje, escribió a la Santidad del Papa una extensa carta en la que, entre varias cosas, pedía que “por mi consolación y otros respectos que tocan a esta tan santa y noble empresa, me dé ayuda de algunos sacerdotes y religiosos que para ello conozco que son idóneos y por su breve mande a todos los Superiores de cualquier Orden, de San Benito, de Cartuja, de San Hierónimo, de Menores Mendicantes, que pueda yo o quien mi poder tuviere escoger de ellos hasta seis... porque yo espero en Nuestro Señor de divulgar su santo nombre y Evangelio en el universo”. Lo que fue demanda de Colón, lo que fue práctica de descubridores y caudillos de llevar en su compañía clérigos para el auxilio espiritual suyo y de su tropa y primera predicación entre los naturales, se convirtió a poco en orden del emperador, dada en 1526, como punto tercero de la capitulación establecida con Francisco de Montejo: “Agora y aquí adelante cualesquiera capitanes y oficiales que con nuestra licencia y mandato hubiesen de ir o fuesen a descubrir y poblar y rescatar en algunas de las islas o tierra firme del Mar Océano, sean tenidos y obligados a llevar a lo menos dos religiosos o clérigos de misa en su compañía, e habida información de su vida, doctrina, ejemplo, sean aprobados por tales cuales conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y para la instrucción y enseñamiento de dichos indios”...

* En territorio de la actual Colombia, en su esquina del Chocó, limítrofe con Panamá, dentro del marco de la hodierna jurisdicción eclesiástica de Quibdó madrugó, en el lejano 1510 a florecer y también a marchitarse la primera cristiandad del Mundo nuevo, el primer obispado de Tierra Firme.

Tal es la historia que a continuación se narra en plumadas breves y presurosas y sobre la base de los viejos archivos y de muy documentados cronicones.

En este cuarto viaje tocó el almirante en las costas de Nueva Andalucía y Castilla de Oro, que después formaron parte del Nuevo Reino de Granada y de la actual república de Panamá.

Los Conquistadores de Urabá

El 8 de junio de 1508; en la ciudad de Burgos, el rey Fernando concertaba una capitulación con dos exploradores y aventureros. El uno era Diego de Nicuesa, hombre de limpia sangre, servidor de la familia del rey Católico y de quien asegura el Padre Las Casas que era "persona muy cuerda, graciosa en decir, gran tañedor de vihuela y sobre todo gran jinete, a quien se le otorgaba como gobernación el actual istmo de Panamá, con sus litorales desde el Golfo de Urabá hasta más allá del Cabo de Gracias en Honduras, gobernación que se llamaría Castilla de Oro. El otro era Alonso de Hojeda, natural de Cuenca, criado del duque de Medinaceli, de quien dijo el Padre Las Casas: "Todas las perfecciones que un hombre podía tener corporales, parecía que se habían juntado en él, sino ser pequeño... Era muy devoto de Nuestra Señora y su juramento era "Devoto de la Virgen María"...".

A Hojeda se le cedió, con el nombre de Nueva Andalucía, toda la costa septentrional suramericana desde el Cabo de Vela hasta el Golfo de Urabá.

El 10 ó 12 de noviembre de 1509 Alonso de Hojeda salió de La Española, hoy Santo Domingo, con cuatro embarcaciones y cuatrocientos hombres, rumbo a su señorío continental. Entre sus hombres iban Francisco Pizarro, futuro conquistador del Perú, y Juan de la Cosa, nombrado alguacil mayor de Urabá, Juan de la Cosa, el Vizcaíno, fue capitán de la carabela Santa María y su propietario. Perteneció a la junta formada por Fernando el Católico en Burgos para discutir los rumbos de la exploración marítima y fue expertísimo piloto. Había acompañado a Bastidas en su viaje de descubrimiento por las costas de Urabá y de ahí que se le nombrara alguacil mayor.

Construyó el primer mapa-mundi de Tierra Firme e Islas y en el centro de él dibujó la imagen de Santa María, señora del mar océano. Hoy, en Santofña (Santander), se venera la Virgen del Puerto, que, según la tradición, es la misma que Juan de la Cosa lleva en la nao Santa María, que de ella tomó su nombre, y ante la cual, según el diario de Colón, se cantaba la Salve todas las tardes de la travesía descubridora.

La expedición de Hojeda saltó a tierra en Calamary —hoy Cartagena de Indias— a fines de noviembre de 1509. Hojeda, desoyendo los consejos de Juan de la Cosa, obligó a hostilizar a los indios, que eran muy belicosos.

"Paréceme, señor, que fuera mejor que nos fuésemos a poblar dentro del Golfo de Urabá, donde la gente no es tan feroz ni tienen tan brava

hierba y, aquélla ganada, podríamos tornar a ganar ésta con más propósito...". La acometida resultó fatal. Perecieron setenta españoles. Entre ellos Juan de la Cosa, a quien los españoles encontraron como un San Sebastián, reatado a un árbol y "enrespado de flechas...". A Hojeda lo hallaron entre los manglares de la costa, la espada en la mano y la rodela en las espaldas con más de trescientas señales de flechazos. El atribuyó el salir con vida a un evidente milagro de la Virgen, cuya imagen llevaba siempre consigo. Nicuesa, olvidando antiguas y notables discrepancias, montó a caballo y con 400 hombres voló en auxilio de sus compatriotas, logrando dispersar a los embravecidos indios.

La Primera Misa de Colombia

Hojeda, apenas medio repuesto de sus heridas, siguió navegando hasta el Golfo y en cierto paraje hizo construir treinta casas sobre un montículo conocido en nuestros días con el nombre de *Cañaflechal*, y mandó rodear esa población de un palenque de maderos gruesos para guarecerse de los urabaes. Tal fue el origen de San Sebastián de Urabá, distinto de otra población llamada San Sebastián de Buenavista de Urabá, fundada en 1535 por Alonso de Heredia, algunos kilómetros más al sur, en el paraje que hoy se denomina Necoclí.

Tomada posesión de esta tierra y población, en nombre de los Reyes, este caballero de la Virgen mandó que todos entonasen la *Salve* y uno de los capellanes franciscanos celebró en una de las chozas el santo sacrificio de la misa: *la primera que se celebró en tierra colombiana*.

Estos héroes, en medio de increíbles penalidades, van introduciendo en el mundo nuevo la presencia de la Virgen y de la Eucaristía. Clérigos, soldados, aventureros, colonos, van creando la Iglesia.

Un Geógrafo muy Famoso...

Hojeda no permaneció más de cuatro meses en San Sebastián y parece que se internó algunos días por el Sinú en busca de víveres. Ante el descontento que cundía en sus gentes viajó a Santo Domingo, dejando a los colonos bajo el mando de Francisco Pizarro, un hombre nacido para mandar, y dando la consigna de que si, a la vuelta de cincuenta días, no había regresado, abandonarían la población. Hojeda murió pobre en Santo Domingo hacia 1515 y fue enterrado, por petición suya, en la Iglesia de San Francisco. Pasados los cincuenta días, Pizarro ordenó evacuar la población de San Sebastián a mediados de junio de 1510, en los dos bergantines que habían quedado, capitaneados el primero por Pizarro y el segundo por Valenzuela. Este pereció con su gente en las cercanías de la Isla Fuerte. Ya en Calamary, los treinta y cinco sobrevivientes avistaron dos velas: el bergantín y el navío del esperado Martín Fernández de Enciso,

bachiller de leyes, muy perito en geografía y cosmografía y autor de la Primera Geografía del Nuevo Mundo, que con el título de *Suma de Geografía* publicó en Sevilla en 1519, dedicada al emperador Carlos V.

Enciso, en calidad de teniente de Hojeda, ordenó regresar a San Sebastián, lo que hicieron de muy mala gana los sufridos y hambreados súbditos de Pizarro.

Al llegar a la abandonada colonia las embarcaciones se hicieron pedazos y el grupo se salvó a duras penas. Y comprobaron a ojos vistas que los indios se habían apresurado a destruir las chozas y quemar el palenque de maderos. Una tristeza grande se apoderó de todos.

Santa María de la Antigua del Darién

Fue entonces cuando Vasco Núñez de Balboa iluminó la situación al decirles que se acordaba de que, años atrás, costeando con Rodrigo de Bastidas al occidente de la ensenada de Urabá, había hallado, pasado el río Atrato, una tierra amena, abundante de comestibles y poblada de indios pacíficos que no ponían hierba en sus flechas...

Cuadró a todos la noticia y luego alzaron velas y con buen viaje pasaron las bocas del río Darién o Atrato; pero al tocar la otra banda advirtieron a los indios tan prevenidos y como a la defensa sobre un cerrillo, que temiendo el saludo de sus flechas hicieron voto a Dios, para que los librase de ellas, de enviar un romero a Nuestra Señora de la Antigua, venerada en Sevilla, y de ponerle el mismo nombre de esta Señora a la villa que allí planeaban fundar. Gómara añade que propusieron también convertir en templo de la Virgen la casa del cacique. A todo ello se obligaron con juramento.

Era Cemaco el señor de esas tierras y gentes, que a los cuatro días quedaron sometidas. Enciso mandó llamar ese paraje La Guardia; pero Balboa, en cumplimiento del voto, la denominó Villa de Santa María de la Antigua. Allí se levantó el *primer templo colombiano en honor de la Virgen María. Esto sucedía a fines de 1510.*

¿Por qué Santa María de la Antigua?

España, al descubrir y conquistar este mundo nuevo lo fue configurando a su imagen y semejanza. Por lo que atañe al espíritu religioso, esa nación madre, cristiana, eucarística, mariana, infundió tales doctrinas y sentimientos a los aborígenes convertidos y fue creando cristiandades con el estilo y las vivencias de la española.

Desde Sevilla, puerta para las Indias, los aventureros que venían a descubrir, conquistar, poblar y atesorar, arrancaban su singladura oceánica y temeraria y allí se despedían orando de rodillas ante la imagen de

Nuestra Señora de la Antigua cuya fiesta celebraban los sevillanos el 15 de agosto.

Su cuadro, venerado en la catedral, se remonta, según opinión de arqueólogos e historiadores, a las postrimerías del siglo XIII, a raíz de la conquista de Sevilla por el rey San Fernando. Una tradición popular afirma que le favoreció en tal conquista. Ya en 1578 fue trasladado a la capilla de la catedral, a uno de sus muros, el cuadro que había sido pintado en uno de los pilares de la Mezquita Mayor. Los Reyes Católicos le ofrecieron una lámpara de plata por el nacimiento del príncipe don Juan. Carlos V llevó su imagen al ir a luchar contra los luteranos. Seis iglesias de Sevilla y quince de su arzobispado llevan su nombre. Tuvo altares en Lisboa, Roma y Cracovia. Hernán Cortés le dedicó templos en Zampoala, Tabasco, Cozumel y Tlascal. Elcano y sus compañeros, después de dar la primera vuelta al mundo, fueron descalzos a visitarla. Y en nuestro territorio ella da el nombre a la primera ciudad y a la primera catedral de todo el Continente o de Tierra Firme. Su imagen fue coronada canónicamente en 1928.

Una Ciudad de Historia Breve e Intensa

Los Misioneros Carmelitas y Claretianos que en este siglo han misionado por las tierras de la primitiva Santa María, en las cercanías del río Tanela, han podido ver los vestigios que identifican su emplazamiento: vidrios, pedazos de loza, hierros, balas y hasta fragmentos de lápidas con inscripciones... Balboa, por éxitos, fue cobrando opinión y crédito y aclamado jefe de la colonia, tanto más que Martínez de Enciso no pudo acreditar su título de teniente de Hojeda por habérsele perdido en el naufragio. Parece que Balboa y Enciso convinieron en llamar a Nicuesa para que se encargase del gobierno; pero, al conocer las venganzas que se proponía ejecutar, le impidieron desembarcar en Santa María, por lo que se vió obligado a seguir a Santo Domingo el primero de marzo de 1511. Perció en esta travesía. Balboa mandó por los sobrevivientes al Nombre de Dios, en Panamá, y los trató humanamente, en especial a don Lope de Olano, pariente de San Ignacio de Loyola.

Santa María de la Antigua del Darién fue declarada ciudad, con escudo y armas, por el rey Fernando, el 20 de julio de 1515. El escudo de armas es colorado, y dentro hay un castillo dorado y sobre él la figura del sol y debajo del castillo un tigre a la mano derecha y un lagarto (caimán) a la izquierda, que están enlazados el uno contra el otro alrededor, de esta manera siguiente, y por divisa la imagen de Nuestra Señora de la Antigua... Tuvo la ciudad cabildo, alcalde mayor, casa de contratación, catedral y capítulo metropolitano, convento de franciscanos, colegio indigenista y muy honrados e ilustres vecinos. Allí, además de Balboa, estuvieron Pizarro, Belalcázar y Diego de Almagro; allí los cronistas Bernal Díaz del Castillo y Gonzalo Fernández de Oviedo; las primeras mujeres

de nuestra stirpe: Isabel de Bobadilla, Margarita Vergara y Beatriz Girón. Y los futuros obispos Diego Alvarez Osorio y Hernando de Luque, este último inspirador de varias de las leyes de Indias en beneficio de los indígenas.

Vasco Núñez de Balboa, Gobernador Cristiano

En el relato de esta historia, como en la realidad de los hechos, hay períodos particularmente de las primerías, en que es imposible separar lo civil de lo religioso. A Colombia cristiana la van configurando en simultánea colaboración los escasos misioneros y los seglares que son hombres de Cristo. Hacen nuestra Iglesia todos los que son Iglesia. De Vasco Núñez de Balboa, nacido en Jerez de los Caballeros hacia 1474, se ha dicho que fue "uno de los más famosos capitanes del mundo". El Padre Las Casas lo describe de buen entendimiento, mañoso, de muy linda disposición, hermoso de gesto y presencia. Los colonos, complacidos de su benignidad, lo aclamaron su jefe como por plebiscito, hasta que el tesorero Miguel de Pasamonte, desde La Española, "envió a Vasco Núñez una provisión del capitán general de toda aquella tierra, porque dizque tenía poder del rey para constituir capitanes y gobernadores en la tierra firme", según dice el Padre Las Casas. De ello recibió Vasco Núñez un gozo inestimable de verse ya con autoridad del rey. Debió de ser ello hacia 1512. Pero ya el 23 de diciembre de 1511 don Fernando el Católico, "acatando la suficiencia e habilidad e fidelidad de Vos", le hizo merced de nombrarlo gobernador y capitán general de la provincia del Darién.

De todo lo que allí se hizo y se padeció hay información minuciosa y prolongada en carta que en la Villa de Santa María de la Antigua a 13 de enero de 1513 firmaba Vasco Núñez de Balboa dirigida a Su Majestad. Y la cual termina indicando al Rey: "Una merced quiero suplicar a Vuestra Alteza y es que mande que ningún bachiller de leyes ni otro ninguno, si no fuere de medicina, pase a estas partes de la Tierra Firme pasa que no sea un diablo y tiene vida de diablos, y tienen forma por so una gran pensa que V.A. mande proveer porque ningún bachiller acá donde haya mil pleitos y maldades. Esto cumple mucho al servicio de V.A. porque la tierra es nueva".

En Busca del Mar del Sur

El jueves primero de septiembre de 1513 Vasco Núñez de Balboa salió de Santa María acompañado de 190 españoles y 600 indígenas darienitas, embarcados todos en una flotilla compuesta de una canoa bergantín y diez piraguas. Llevaba también perros de presa, feroces con enemigos desnudos. Por secretos avisos de algunos indios, amigos se dirigía en busca del Mar del Sur. El 14 de septiembre desembarcó en Careta y empezó a atravesar el Istmo por uno de sus puntos más estrechos, "por

saltos sin senda, por escondrijos de fieras y por revueltas de montañas", con guías y taladores que le dió el cacique Ponca. A lo largo de esta penosa incursión fuéronse rezagando grupos de soldados enfermos que Balboa dejaba encomendados a la bondad de los caciques amigos y a las atenciones espirituales del capellán Pedro Sánchez. Por fin, el martes 25 de septiembre, trepando por un monte raso arriba, a las 10 de la mañana, el capitán Balboa, en la delantera de todos, vio el primero desde una cumbre la vastedad del mar azul que se extendía ante sus ojos atónitos. Entonces volvió la cara hacia su gente, alzó los ojos y las manos al cielo alabando a Jesucristo y a su gloriosa Madre Ntra. Señora, e hincando las rodillas en tierra dio muchas gracias a Dios por la merced que le hacía de dejarle descubrir aquella mar en servicio de Dios y de los católicos y serenísimos reyes de Castilla.

Mandó en seguida que todos hicieren lo mismo, hizo cortar de un hermoso árbol una cruz alta que hincó en esa cumbre, y que en las cortezas de los árboles se inscribiesen los nombres de sus compañeros y finalmente el clérigo Andrés de Vera, coreado por la tropa, cantó el himno del Te Deum.

Y Entró en la Mar Salada

El 29 de septiembre Balboa tomó consigo veintiséis hombres armados y se fue derecho al mar, hacia el Golfo que él había bautizado con el nombre de San Miguel, cuya fiesta se celebraba y, llegado a la ribera a la hora de vísperas, se sentó a contemplar cómo subía la mar con grande ímpetu y plenitud. Entonces Balboa se levantó, tomó en la mano una bandera y pendón real de sus Altezas, en que estaba pintada una imagen de Nuestra Señora con su precioso Hijo en los brazos y a su pie las armas reales de Castilla y de León, y con una espada desnuda y una rodela en las manos entró en la mar salada hasta que le dió a las rodillas y comenzó a pasear diciendo: "Vivan los muy altos e muy poderosos reyes don Fernando e doña Joana a cuyo nombre prendo la posesión real de estos mares, tierras, costas, puertos e islas australes". Después grabó tres cruces en sendos árboles en reverencia de la Trinidad Santísima e hincó un puñal que a la cinta traía en un árbol en señal de posesión a nombre de los reyes serenísimos de Castilla.

Desandando los pasos con sufrimientos increíbles Balboa regresó a Santa María la Antigua en donde él y sus compañeros fueron recibidos con solemnidades triunfales. Desde allí Balboa despachó a Pedro Arbolancha con el quinto real del fruto de la empresa, la noticia del descubrimiento, que causó alborozo en España, y la solicitud de la gobernación de Castilla del Oro; pero el mensajero llegó tarde a la corte (1514) porque ya estaba provisto el empleo y el designado venía ya de camino. No obstante y a pesar de informes desfavorables que contra él había en la

corte por la muerte de Nicuesa, el rey Fernando le otorgó el título de Adelantado Vitalicio del Mar del Sur (23 de septiembre de 1514).

Pedrarias Dávila, Torvo Gobernante

El Gobernador nombrado era el noble segoviano Pedro Arias Dávila, quien, a fines de junio de 1514, fondeaba frente a la boca del río Tanela, con treinta y cuatro unidades navales que en su mayor parte ostentaban en sus proas los títulos de misterios o advocaciones marianas. Los hombres eran más de dos mil, lujosamente vestidos, armados y equipados.

Con Pedrarias desembarcaron su señora doña Isabel de Bobadilla, el futuro cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y el franciscano Fray Juan de Quevedo, primer obispo de Tierra Firme. Después llegaron la escasez de provisiones, el hambre, las enfermedades tropicales, la muerte, las expediciones en busca de mantenimiento y de oro y la envidia de Pedrarias ante los éxitos y la popularidad de Balboa. Creado entre ellos el antagonismo, el obispo Quevedo medió para que se estableciera la armonía y se logró que Pedrarias y su esposa convinieran en que su hija mayor, doña María residente en España, casara por poderes con el descubridor del Pacífico. Nuevas excursiones de Balboa por ese mar enconaron finalmente la envidia de Pedrarias, quien, por medio de traidora carta, lo hizo presentar en Acla, lo aprisionó, le siguió proceso por deslealtad a la Corona y logró que se dictase pena de degollación para Balboa y cuatro compañeros.

“Nunca semejante crimen halló cabida en mí —dijo Balboa a punto de subir al cadalso—: he servido al rey lealmente, no pensando sino en aumentar sus dominios”.

A poco el hacha del verdugo separaba de un solo golpe la cabeza de la víctima, mientras “el noble” Pedrarias presenciaba el suplicio al través de las cañas que formaban la débil pared de una casa cercana.

La rubia cabeza de Vasco Núñez de Balboa fue colocada sobre una picota, durante varios días, en la plaza de Acla. Así pereció, de cerca de cuarenta y cinco años, uno de los más famosos capitanes del mundo. Pedrarias, dijo su juez de residencia, el licenciado Castañeda, fue a morir en León, a 6 de marzo de 1531. “Su muerte fue de vejez y pasiones y enfermedades que tenía...”.

Franciscanos y Clérigos en Darién

Los frailes franciscanos que acompañaron a Hojeda y Nicuesa se reunieron en convento con Iglesia en Santa María la Antigua. Sucedió ello antes que Pedrarias arribase con el primer Obispo Quevedo y los franciscanos que como familiares traía.

A fines de 1512 ya había allí convento de la Orden, pues a él fueron a refugiarse unos españoles acusados de querer sublevarse contra Balboa. A 28 de diciembre de 1515 Pedrarias informa al rey que "el monasterio está en muy buen lugar y bien hecho y aquel Fray Diego de Torres lo hace muy bien y los religiosos también y que le parece que Vuestra Alteza los debe proveer de algunas limosnas y les hacer merced de algunos indios pequeños". Para entonces había en el convento seis religiosos. Su misión pastoral se cumplió sufriendamente en la ciudad, en los ríos y en los bosques acompañando a los expedicionarios. Pero hubo una actividad que conviene encarecer; los franciscanos de Santa María la Antigua fueron los primeros en establecer escuela en su convento para educar algunos indios niños y a los hijos de sus caciques, ilustrándolos en la fe y enseñándoles a leer y escribir el idioma castellano. . . Así lo pidió al rey el comisario de Tierra Firme fray Diego de Torres. Entre los indios entregados a los franciscanos figuran los dos hijos del cacique Careta, el hijo del cacique de las Perlas, el de Chimán y el del cacique de Natá. Cuando viajaron a España los Padres Torres y Valdés llevaron un indio que había tomado el hábito como hermano lego y en cuya mediación se confiaba para que, en calidad de intérprete, ayudase a las conversiones de sus paisanos y coterráneos.

En cuanto a los primeros curas seculares de Santa María, fueron ellos Pedro Sánchez, confesor de Balboa, a quien acompaña en todas sus excursiones; Juan Pérez Salduendo, futuro deán de Santa María, y Andrés de Vera, el mismo que celebró el descubrimiento del océano Pacífico con el canto del Te Deum.

La Primera Diócesis de Tierra Firme

Fue la de Santa María de la Antigua del Darién. A 20 de enero de 1513 Balboa informa al rey del resultado de sus exploraciones: "En esta provincia del Darién hay descubiertas muchas y muy ricas minas, hay oro en mucha cantidad hacia el mediodía". Del cacique Dabaibe dice que "es muy gran señor y de muy gran tierra y muy poblada de gente. . .; de casa de este cacique Dabaibe viene todo el oro que sale por este golfo". Hacia el norte del Darién, por tierras del cacique Conagre, se les habla de un vasto mar. Y surge el afán de descubrirlo. El sacerdote Andrés de Vera bautiza enseguida al cacique y a la gente que con él pudieron haber, según dice Las Casas. En España denominan la nueva región "Castilla del Oro", y nombran a Pedrarias Dávila gobernador y capitán general. En la real cédula de nombramiento le dan consignas de evangelización: "E para que Nuestro Señor sea en las dichas tierras servido e su santo nombre conocido y los vecinos de la dicha tierra sean convertidos a nuestra santa fe católica y doctrinados e enseñados en ella e puestos en camino de salvación e no se pierdan tanto número de ánimas como fasta aquí ha parecido. Y para que esto haya el efecto que deseamos, habemos enviado a suplicar a nuestro muy Santo Padre provea de prelados que sean personas

eclesiásticas e religiosas e doctas, de buen ejemplo, que vayan a enseñarles e predicarles”.

Efectivamente, el rey Fernando, un día antes de firmar la cédula a Pedrarias, 26 de julio de 1513, escribe a Jerónimo de Vich, su embajador en Roma, que solicite del Papa la designación del arzobispo don Juan Rodríguez de Fonseca como universal patriarca de las iglesias que se erigen en Castilla del Oro y como obispo para la provincia bética aurea presente a Fray Juan de Quevedo, franciscano, provincial y guardián anteriormente de la provincia de Andalucía y actualmente predicador real.

El porvenir religioso de la región, según el rey, era muy lisonjero por su extensión y estar “poblada de grande multitud de gente”, al parecer más razonable y mejor instruída y doctrinada en la fe que la hallada hasta entonces. A Pedrarias se le redactaron y entregaron en la Corte ciertas instrucciones de no escaso interés para la historia eclesiástica.

Instrucciones Humanitarias y Eclesiales

— En cualquier puerto en que se detuvieren habían de procurar no hacer mal a los indios, sino antes tratarlos bien para lograr mejor su aproximación y conversión, fin principal de la empresa.

— Una vez en la región darían nombre a la provincia, ciudad y villas y dispondrían todo lo necesario para el aumento de la fe, conversión de los indios y buen orden y servicio del culto divino, pues para esto iban el obispo y los clérigos necesarios.

— El primer edificio que se construyera sería la iglesia.

— Habían de ser fieles en cumplir las promesas hechas a los naturales y no consentir ningún mal contra ellos.

— No siendo los indios agresores, de ninguna manera se les había de hacer guerra y, caso de que atacasen, antes de romper con ellos, habían de hacerse los requerimientos necesarios, dos o tres veces, de acuerdo con el obispo y los clérigos.

— Caso de tomar indios en encomienda para servicio de los colonos se habían de observar puntualmente las ordenanzas, pues se busca que los indios sean más conservados, mejor tratados, más adoctrinados en la fe.

— Había de evitarse el atropello de “tomarles sus mujeres e hijas contra la voluntad e usar de ellas como de sus mujeres”.

— No habían de permitirse juegos de naipes ni de dados, por los escándalos, enemistades, reniegos y blasfemias que los acompañan y siguen, etc.

Finalmente, el monarca ordena a Pedrarias someter los problemas arduos de gobierno a la consulta del obispo y de los oficios reales. La

flota de Pedrarias, compuesta de 22 naos y carabelas y más de dos mil personas de tripulación, partió de Sanlúcar de Barrameda el 11 de abril de 1514. Ondeaban al aire la bandera de Nuestra Señora de la Antigua y la de Santiago Apóstol, con la cruz de Jerusalén. Llegaron a Santa María en las postrimerías de junio de 1514. El último que descendió de la nave fue Pedrarias, altivo, de elevada estatura, con su airosa capa de terciopelo, la clásica górguera almidonada y la escarcela y la espada de empuñadura damasquinada. Balboa, los clérigos, los curtidos colonos saludan entre ceremoniosos y expectantes. El Obispo Quevedo traza esta pincelada: "El pueblo estaba bien aderezado; la gente, alegre y contenta; tenían muy bien sembrada la tierra de maíz y yuca, puercos hartos para comer al presente y ordenado de descubrir la tierra, porque tenían mucha disposición para ello".

Los navegantes se alojan como pueden en las cien casas o ranchos de la incipiente población. Se organiza el gobierno. Enciso toma el cabildo municipal; Balboa queda exonerado del cargo de alcalde mayor y entra a formar parte del cabildo. Se crean cargos de tesorero, contador, factor y veedor para lo relativo a la administración pública. Y completan el cuadro de cargos oficiales un boticario, un cirujano, dos escuderos a las órdenes de Pedrarias para ayudar y favorecer la justicia y treinta peones con el cargo de velar las fortalezas de Tierra Firme cuando se construyeran.

Clérigos y Frailes en Santa María

Dicho está que la diócesis de Santa María fue la primera que se erigió en Tierra Firme y que además empezó por todo lo alto con una organización completa, como si fuera antigua ciudad de España.

Hubo desde los comienzos clero regular y secular. Se creó un Cabildo catedral, compuesto de diez miembros, a saber: cuatro dignidades, deán, Arcediano, chantre y maestrescuela, y seis canónigos de oficio. Tres sacerdotes para "sacristanes mayores" de la Iglesia, y otro para "arcipreste". Con el obispo viajaron trece clérigos y varios religiosos franciscanos. Concretamente, los nombres de quienes compusieron el Cabildo catedral son los siguientes: Deán (primera dignidad), Juan Pérez de Zalduendo; Arcediano, Rodrigo Pérez; Chantre, Juan de León, viajó a España y fue nombrado Diego Alvarez Osorio, después obispo de Nicaragua; Maestrescuela, Toribio Cintado, capellán del obispo, y luego Hernando de Luque, futuro obispo electo de Tumbes, en el Perú.

Canónigos: Fueron 6, pero no todos estuvieron durante todo el tiempo: Lorenzo Martín, Leonel Gardín, Diego de Osorio, Gonzalo Alonso, Bartolomé de Bastidas, Francisco de Arroyo, Rodrigo de Prado, Andrés de Vera, Juan Martín, Cristóbal de Valencia.

En 1512, dos años antes que llegara el obispo, ya había en la naciente ciudad convento de franciscanos, pues, a fines de ese año, algunos con-

quistadores que intentaron alzarse contra Balboa y por él fueron aprehendidos, al verse libres "se acogieron al monasterio de San Francisco, en que había tres a cuatro padres de aquella Orden". Superior era el Padre De la Torre, de quien sus contemporáneos hacen grandes elogios.

Además de la catedral hubo ermita dedicada a San Sebastián, extramuros de la ciudad, y hospital de caridad dedicado al Señor Santiago, con mayordomo, médicos, cirujanos y buen acopio de drogas.

Y bien que se necesitaba. "Muchas personas —escribe el P. Las Casas— cada día de hambre y enfermedades morían". Y en 1515 el obispo Quevedo escribía al rey: "Quedaron estos pocos clérigos porque siete son muertos y cinco se fueron...". Y añadía: "Si Vuestra Alteza manda que quede allá sólo, alegremente lo hará, que así lo está que no le han quedado más de cuatro clérigos y aquellos han quedado por ruego, porque no les pagan ni tienen que comer..." (Archivo de Indias, 1-1-1/26).

El Obispo Juan de Quevedo, O.F.M.

Era natural de Bejorí, en las montañas de Burgos, religioso docto y buen predicador. Al aceptar la real designación escribió un memorial al Papa pidiendo entre otras mercedes el seguir gozando las gracias y privilegios de su Orden, ejercer sobre los franciscanos que residiesen en Castilla del Oro igual autoridad que los Vicarios de la Orden, facultad de tener consigo dos frailes franciscanos, sin menoscabo de los privilegios que gozan, a las órdenes de sus respectivos prelados.

El 9 de agosto don Fernando escribe al arzobispo de Sevilla que consagre allí a Fray Juan de Quevedo, ya que ha aceptado la mitra del Darién "movido con muy buen celo y deseo del servicio de nuestro Señor y acrecentamiento de su Santa Fe...".

Se conserva además en el Archivo General de Indias en Sevilla el "memorial de las cosas que parece que los oficiales de Sevilla han de hacer comprar y proveer para el obispo Fray Juan de Quevedo para las cosas del culto divino, así para su persona como para las iglesias de sus diócesis. Valladolid, 20 de agosto de 1513".

Nada escapa a la previsión de los autores del memorial que aparecen muy concedores y además generosos, todo ello a cuenta de la Hacienda Real. Al Obispo de Santa María, que viajó en la flota de Pedrarias, lo acompañaron seis religiosos franciscanos que traían como superior a Fray Diego de Torres y 17 clérigos, entre los cuales figuraba Hernando de Luque, famoso después en la conquista del Perú.

Hubo exceso en el número de hombres que llegaron con Pedrarias, pues la nueva ciudad, ponderada de rica, no estaba bien abastecida de comestibles; lo hubo también en el lujoso número de clérigos que acompañaban al obispo. Lo cierto es que el 2 de febrero de 1515 Fray Juan

de Quevedo hacía saber, por carta, al Rey: "que el tesorero (Alonso de la Puente) ha dicho a todos que pierdan esperanza de ser pagados de sus salarios, y así se hace que de lo que llevaron de acá (de España) comen, y que dicen que allí no es menester obispo ni clérigos".

Lo Cortés no le quitaba lo Valiente

El obispo Quevedo llegó al Darién investido del carácter de consejero de la gobernación civil y es cosa probada que en los primeros meses hubo armonía entre ambas autoridades. Por eso el rey le decía en carta a Fray Juan: "He habido placer con ver el buen esfuerzo y esperanza que tenéis en las cosas de allá y mucho vos tengo en servicio lo que trabajáis en ayudar a nuestro lugar-teniente general en todas las cosas de esa tierra, lo cual es como yo esperaba de vos...". Y Pedrarias decía al rey en carta de 28 de diciembre de 1515: "Que él honra al obispo, como Vuestra Alteza lo manda, y el obispo a él le cata mucha cortesía...".

Sucedió incluso que a los ocho días de arribar al Darién enfermó Pedrarias y por prescripción del físico (médico) tuvo que dejar el gobierno y trasladarse a un cercano río (el actual Kuti) que se decía tener mejores aires. Y con tal motivo el obispo recibió poderes del gobernador.

Pero estas deferencias no le tapaban la boca para decir su parecer cuando fuera necesario aun en contra del gobernador. El 20 de marzo de 1515 unas carabelas llegadas de España trajeron las reales cédulas por las cuales quedaba nombrado Vasco Núñez de Balboa adelantado del mar del sur y gobernador de las provincias de Coibé y Panamá; Pedrarias guardó estas cédulas, receloso del encumbramiento de Balboa; pero el obispo, apoyándose en el texto de las ordenanzas reales dadas al gobernador del Darién sobre que "ninguna carta le sea tomada", empezó a predicar en el púlpito sobre la tiranía a que estaban sometidos los colonos de la Antigua, por lo cual, atemorizado Pedrarias, reunió el consejo para deliberar sobre el caso. Hubo quienes opinaron que las cédulas no debían entregarse a Balboa hasta que el rey se enterase de la residencia que le seguía. Pero Quevedo sentenció con brevedad que estaba mal ponerse ellos a discutir lo que el rey ordenaba y que sólo pensarlo importaba cierto principio de desobediencia y deslealtad. Pedrarias, espantado de las razones del obispo, entregó a Balboa sus títulos al amanecer del día siguiente.

Autoridades en Conflicto

Pedrarias, contrariado con el obispo, le revocó los poderes civiles; pero el obispo, en consulta habida en la casa de Contratación y luego en la plaza pública, habló de las juderías y burlerías del gobernador. En el diálogo el obispo le dijo:

— "Tomáros he la mitad de la gente que tenéis y seguirme han".

—“Castigarlos he yo”, respondió Pedrarias.

—“Subirme he al campanario e iglesia para que lo cumplieses”...

Con lo que el gobernador templó para no dar lugar a que el pueblo entendiese mal...

Bien pronto subieron hasta el rey las acusaciones contra el obispo Quevedo.

—“El gobernador y el obispo no están conformes y éste quiere que se quite el cargo a Pedrarias...”

—El obispo se ocupa de favorecer a Balboa contra el gobernador.

—El obispo no ha hecho la iglesia ni las diligencias que se requerían para la conversión de los indios.

—Llamó judío hereje al alcalde mayor Gaspar de Espinosa y en los sermones y fuera de ellos dijo palabras “injuriosas al tesorero”.

Hasta dónde había verdad en estas imputaciones, colijase por un dato: Pedrarias, a 28 de diciembre de 1515, notificaba al rey: “Como se había hecho una honrada iglesia a la manera de allá (España) y que está bien ataviada y se dicen bien los divinos oficios y que el Obispo lo hace muy bien’...”.

Otra de las acusaciones que contra él se levantaron se refiere a que, en ausencia del gobernador, tomó medidas de justicia contra un cirujano converso (del judaísmo). Pero ello se explica recordando que en 1506 Fernando el Católico dispuso que los Prelados fuesen inquisidores en sus distritos y que ni los gobernadores ni las justicias seculares se entrometiesen en oficio de inquisidores.

Un Memorial de 36 “Diréis...”

La estructuración cívica y política de Santa María La Antigua fue prematura. Se planeó con grandeza —y ello honra a los esforzados españoles de esa coyuntura— pero no se contaba con la naturaleza de la comarca. Uno de los primeros en verlo y en sentirlo en propia carne fue el obispo Quevedo. Por eso, en la carabela Santa María de la Consolación, que zarpó de Darién hacia España el 3 de mayo 1515, salía con destino a Su Majestad un memorial llevado por el franciscano Diego de Torres y el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, fuera de los recados de palabras que ambos habían de llevarle a Su Majestad. Consta el memorial de 36 “diréis...” que puntualizan bien todos los negocios de la colonización del Darién, los dislates que en organizarla se cometieron; las excursiones, aventuras y muertes; las tropelías, abusos y burlas de la ley.

De los clérigos que vinieron —informa— siete son muertos; cinco se fueron y quedaron otros cinco o seis sin haber percibido cosa de sus

salarios. Respecto a sus disposiciones personales, el obispo dice en el número 28 de su memorial: "Decí a Su Alteza que yo tengo voluntad de hacer aquello en que Dios y Su Majestad sea servido, y que todo el tiempo que aquí me dieren de comer, por más áspera que sea la tierra, yo estaré en ella, mandándomelo Su Alteza. Yo estoy puesto en necesidad y por esto habéis de hablar porque me trasladen a Santo Domingo o a Castilla...".

"En esta tierra —dice— basta un capitán con cuatrocientos o quinientos hombres, un alcalde y dos clérigos".

Quevedo y Las Casas Frente a Frente

Pero los papeles nunca logran lo que la presencia. Y hacia principios de 1519 el obispo Quevedo viajó a España a entrevistarse con Su Majestad, que lo era ya don Carlos V, como efectivamente sucedió en Molins del Rey. Antes de comparecer delante del rey, el obispo Quevedo y el entonces clérigo Bartolomé de Las Casas sostuvieron vehemente disputa sobre cosas de indios, ya que Las Casas reprendía al obispo por no haber anatematizado a Pedrarias, a sus capitanes y a todos los oficiales reales. Admitidos a la real presencia ambos peroraron sus causas y sus puntos de vista con respecto a la colonización: la defensa de los indios y los desmanes de algunos gobernadores. En el fondo coincidían; pero el temperamento personal y el enfoque de las cuestiones eran distintos.

Sabemos, por la Historia del P. Las Casas, el ambiente, el discurso y el final de este encuentro y de estos alegatos en la real presencia. "En este año de 1519 —dice el obispo don Fray Juan de Quevedo acordó de ir a la corte, que a la sazón estaba en Barcelona, puesto que (aunque) por la pestilencia que en la ciudad sobreviniera, el rey estaba en un lugar muy fresco, llamado Molins del Rey... Un día vino el obispo de Tierra Firme a palacio, que fue la primera vez que el clérigo Casas supo que era venido. Como lo vido el clérigo en la cuadra donde el rey come, y preguntado quién era aquel tan reverente fraile, dijéronle que era el obispo de las Indias. Llegóse a él y díjole: señor, por lo que me toca de las Indias, soy obligado a besar las manos de Vuestra Señoría...

Túvose después la "solemne disputa que duró grandísimo rato, y durara mucho más si el obispo de Badajoz no lo atajara", según escribe Herrera en sus Décadas... (II, lib. II, cap. III).

Una Audiencia de Carlos V

Tres días después, por indicación del rey, celebróse la audiencia real. El obispo Quevedo porfió en hablar a solas con Su Majestad. "Porque venía de las Indias y traía cosas secretas de mucha importancia, tocantes a su real servicio, no convenía decirlas, sino sólo a Su Majestad y consejo.

— Reverendo obispo, contestó el gran canciller, Su Majestad manda que habléis, si tenéis que hablar.

— Será en secreto, porque no vengo a poner en disputa mis años y mis canas.

— Reverendo obispo, Su Majestad manda que habléis si tenéis que hablar, porque los que aquí están son llamados para que estén en este consejo...

Expuso Quevedo la situación del Darién, dijo que el primer gobernador della fue malo y el segundo peor, que en el rey está la esperanza del remedio y que los indios —cuenta Las Casas que dijo el obispo— son siervos a natura... Habló después el Licenciado Las Casas y refutó la idea de que los indios fuesen siervos por naturaleza, y según refiere "estuvo en su oración buenos tres cuartos de hora, y el rey muy atento y todos mirándole y notando cada palabra de lo que decía...". (Historia, lib. III, cap. 49).

En el fondo coincidían los dos peroradores, porque Las Casas, leídos los memoriales presentados por el obispo del Darién sobre los asuntos de Indias, requirió una péndola "para firmarlos de mi nombre..."

El Obispo Quevedo Denuncia y Muere

A poco "el obispo fue a un lugarejo donde posaba, una legua de allí y cayó enfermo de calenturas, según creo, y desde allí a tres días murió, y díjose que hasta la muerte, desde que se sintió que estaba en peligro, no hizo sino predicar las excelencias de Nuestra Señora, según que las sabía él siempre con gran elocuencia decir, y sus defectos, con humildad, suplicándole que no se olvidase de él. Fue muy notada y notable su muerte por este buen fin de ella, y por ser a tal tiempo, habiendo primero significado la verdad de las cosas malas de estas Indias".

Murió el 24 de diciembre de 1519.

No está demás puntualizar que la servidumbre defendida por el obispo es la que se llama moderada, muy distinta de la esclavitud, y que en la práctica consta que se opuso siempre tenazmente al mal trato dado a los indios, como cuando el capitán Becerra condujo a Santa María, en 1515, unos indios cautivos, contra cuya saca protestó el prelado, porque decía que no tenía por lícito este aprovechamiento.

(Así Morelli en su *Fasti Novi Orbis*, ordin. 28).

Vicente Peraza, O.P., Segundo y Ultimo Obispo de Santa María

El 17 de mayo de 1520 el emperador Carlos V, por carta fechada en La Coruña, presentada a Su Santidad para segundo obispo de Santa María la Antigua al religioso dominico Fray Vicente de Peraza. De él

atestiguan los historiadores de su Orden que era natural de Sevilla, hijo-dalgo y de buena casta, hombre docto y religioso, a quien el capítulo general de su Orden, celebrado en Roma en 1518, había nombrado lector en teología. Las dotes de mando habíalas ejercitado con crédito en los grandes conventos de su región andaluza, como el de San Pablo de Sevilla.

El 5 de diciembre de ese mismo año firmaba la bula correspondiente el Papa León X. Al obispo Peraza, mientras residía en el convento dominicano de San Pablo de Burgos, le tocó la erección in scriptis de la sede episcopal de Darién, con fecha 1º de diciembre de 1521. No tiene que sorprender el hecho, pues en otras iglesias catedrales del nuevo mundo se hizo también la erección varios años después de estar funcionando los cabildos catedrales.

Fray Vicente de Peraza tomó posesión de su sede por procurador, que lo fue el Licenciado don Hernando de Zelaya, llegado a Santa María el 1º de julio de 1522.

El arribo del propio obispo a su diócesis del Darién debió de suceder ya entrado el año de 1524. A poco el gobernador Pedrarias, que andaba en persecución de Gil González para detenerlo y robarle el oro que traía de Nicaragua, se presentó en Santa María para entrevistarse con el obispo y lograr su colaboración en orden a destruir y despoblar esa ciudad.

Pedrarias Acabó con Santa María...

Fernández de Oviedo escribe en su Historia de Indias:

“Llegado el gobernador a la ciudad del Darién, después que se hubo visto con el nuevo obispo, díjole mucho mal de aquella ciudad e loóle mucho a Panamá; e así lo sacó de allí y en público y secreto procuró con los vecinos que se fuesen a Panamá e a Acla, diciendo que allí estaban perdidos... E volvióse a Panamá él y el obispo. Después, a dos o tres meses adelante, se despobló el Darién por el mes de septiembre del año mil e quinientos e veinte y cuatro” (Lib. XXIX, cap. XXIII).

Por odio a Vasco de Balboa, para hostilizar a Fernández de Oviedo y para rehuir la justicia, Pedrarias tuvo especial empeño en infamar a Santa María la Antigua y trasladarla a Panamá. Lo cual se logró no sin sentimientos del historiador citado que califica a Santa María como “el mayor e mejor e más fértil pueblo de Castilla del Oro. Con todo —anota el historiador Herrera— todavía se conservaba en La Antigua la catedral y el rey no se avenía en que se mudase, pareciéndole que habiendo sido aquella la primera fundación y asiento de los castellanos en aquella Tierra Firme era bien que se sustentase; por lo cual mandó que las porciones de clérigos fuesen aumentadas, para que en atención a su antigüedad fuese aquella Iglesia oficiada y servida con más decoro...”.

Por lo demás, el obispo Peraza murió a pocos días de llegar a Panamá. Bajo la espesura de la selva los misioneros carmelitas y claretianos, en

sus excursiones apostólicas, han localizado el histórico sitio de Santa María la Antigua, del que hablan todavía los pavimentos de algunas construcciones, utensilios domésticos o militares y alguna inscripción borrosa e indescifrable. La Academia Colombiana de Historia Eclesiástica ha formulado el deseo de que la Santa Sede restaure, como obispo titular, al igual que las primitivas diócesis de la cristiandad ya desaparecidas, el de Santa María la Antigua del Darién.

BIBLIOGRAFIA

- SEVERINO DE SANTA TERESA, O.C.D., Historia documentada de la Iglesia en Urabá y el Darién, 5 vols. (Biblioteca de la Presidencia de Colombia), Bogotá, 1956. Véanse especialmente los tomos I, II y III, segunda parte de éste.
- LEON LOPETEGUI-FELIX ZUBILLAGA, S.J., Historia de la Iglesia en la América Española. BAC, I, Madrid, 1965.
- ANTONIO DE EGAÑA, S.J., Historia de la Iglesia en la América Española, BAC, II, Madrid, 1966.
- ANTONIO YBOT LEON, La Iglesia y los eclesiásticos españoles en la empresa de Indias, I, Barcelona, 1956.
- JULIO TOBON BETANCUR, O.F.M., La Historia de Antioquia comienza en Urabá, en Universidad de Antioquia, Julio-diciembre 1965, pp. 67-79.
- HENAO Y ARRUBLA, Historia de Colombia, 7ª ed., Bogotá, 1952.
- JOSE MANUEL GROOT, Historia Eclesiástica y civil de Nueva Granada, I, Bogotá, 1889, Capítulo I.
- GREGORIO ARCILA ROBLEDO, O.F.M., Las misiones franciscanas en Colombia, Estudio documental, Bogotá, 1950.
- ANDRES MEZANZA, O.P., Los obispos de la Orden Dominicana en América, Einsiedeln (Suiza), 1939.
- ALBERTO E. ARIZA, O.P., Arzobispos y obispos dominicos en Colombia, Bogotá, 1947; Idem, Los Dominicos en Panamá, Bogotá, 1964.
- JUAN PABLO RESTREPO, La Iglesia y el Estado en Colombia, Londres, 1885.
- CONSTANTINO BAYLE, S.J., Expansión misional de España, Barcelona, 1946.
- ERNESTO HERNANDEZ, B., Pbro. Urabá heroica, Nacimiento, vida y muerte de Santa María de Antigua del Darién, 2 vols., Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá, 1956.